

una república, se consideran menos las cosas que el tiempo. Podeis quitar hoy á una ciudad sus franquicias, sus leyes, sus privilegios; mañana no penseis siquiera en alterar sus banderas.”

Desgraciadamente César no habia leído á Labruyere.

Hay apariencias de libertad que los pueblos suelen tener en mas estima que la libertad misma. Augusto lo sabia y toda su vida rehusó el título de rey. Cromwel lo sabia tambien y nunca quiso ser mas que protector.

Despues de eso, ¿ambicionó César realmente el título de rey? Teniendo, como tenia, todas las coronas, ¿llegó á ambicionar sériamente esa media vara de cinta que se llama cintillo real?

No lo creemos. Nuestra opinion es que él no quiso ser rey sino que sus amigos quisieron que lo fuese.

A menos, sin embargo, que aquel título no lo tentase precisamente porque era odiado y estaba lleno de peligros.

XXXIX

César, pues, queria ser rey.

Ademas, habia acumulado contra sí otros agravios, y es curioso leer las cortas líneas que siguen, en Suetonio:

.....“ Se le atribuyen acciones y palabras que no son sino abusos de poder y que pueden justificar su muerte.”

Veamos esas acciones y esas palabras *que pueden justificar* la muerte de César, bajo la pluma de ese narrador indiferente que se llama Suetonio, quien despues de haber perdido su puesto de secretario del emperador Adriano por haberse permitido libertades poco respetuosas con la emperatriz Sabina, se puso á escribir, sin admirarse ni indignarse jamas, la vida de los doce Césares.

Lo que habia hecho el *divino* Julio, vais á saberlo. “No contento con aceptar honores escesivos, como el consulado prolongado, la dictadura perpetua, las funciones de censor y los nombres de emperador y padre de la patria; no contento con permitir que se le alzase una estatua entre las de los reyes y ocupar *una silla en la orquesta*, llegó á esceder los límites de la grandeza humana; tuvo una silla de oro en el senado y en su tribunal; su estatua fué llevada al circo con la misma pompa que las de los dioses; tuvo templos, altares y sacerdotes; dió su nombre á un mes del año (Julio) y se burló igualmente de las dignidades que daba y de las que recibia.”

¿Y todo eso merecia la muerte?

Es verdad que habia hecho otra cosa mas.

Un tribuno se habia negado á levantarse cuando él pasaba.

—Tribuno, le dijo, ¿vienes á pedirme la república?

Y como aquel tribuno se llamaba Poncio Aquila, cada vez que César daba una orden, acostumbraba decir por ironía:

—Si es que Poncio Aquila lo permite.

Un dia que volvia de Alba, algunos amigos demasiado impacientes le salieron al encuentro y le dieron el título de rey; pero él, viendo la conmocion que aquel título causaba en el pueblo, pareció haberse ofendido, y dijo.

—Yo no me llamo rey, sino César.

Y se notó que prosiguió su camino con aire descontento.

Otro dia que el Senado le habia concedido honores extraordinarios, los senadores se trasladaron á la plaza á comunicarle el decreto; y él, recibéndolos como á simples particulares, les contestó, *sin levantarse*, que era preciso disminuir aquellos honores mas bien que aumentarlos.

¿Por qué no se levantó César delante del Senado?

Plutarco pretende que el español Balbo lo retuvo en su asiento diciéndole: ¿Olvidas que eres César?

Dion Casio da una razon que nos parece mejor: dice que el que acababan de hacer dios tenia cólico en aquel momento, y temió, si se levantaba, dar una prueba flagrante de humanidad.

César, por su parte, alegó que fué el temor de un ataque de epilepsia.

Otro dia, en fin, —el dia de las Lupercales, que en otro tiempo habia sido una fiesta de pastores, pero que entonces consistia en recorrer desnudos las calles de la ciudad los jóvenes de las primeras casas de Roma y la mayor parte de los magistrados, provistos todos de correas, con las cuales sacudian latigazos á cuantos encontraban al paso—ese dia, de-

cimos, César asistía á la fiesta sentado en una silla de oro.

Como se vé, se mienta ese asiento á cada instante; pero es porque los de esa clase estaban reservados para las ceremonias religiosas.

César, pues, asistía á esa fiesta sentado en una silla de oro, cuando Antonio, que en su cualidad de cónsul figuraba en la carrera sagrada, alzándose sobre los hombros de sus amigos, le ofreció una diadema entrelazada con una rama de laurel.

Algunos hombres apostados al efecto, prorumpieron en palmadas.

Pero César rechazó la ofrenda y todo el pueblo lo aplaudió.

Entonces Antonio le volvió á presentar la diadema, apoyado por los mismos individuos; pero César hizo un segundo gesto de negativa, y aquella vez los aplausos estallaron con mas fuerza todavía que antes.

—Llevad esa diadema al Capitolio, dijo César levantándose.

Algunos dias despues, sus partidarios, no habiendo podido coronarlo personalmente, coronaron sus estatuas; pero dos tribunos del pueblo, Flavio y Marcelo, arrancaron con sus manos aquellas diademas, y, habiendo encontrado á los que habian saludado á César con el título de rey á su vuelta de Alba, los

hicieron aprehender y llevar á la cárcel. El pueblo seguía á aquellos magistrados, dando palmadas y llamándolos Brutos, en recuerdo del antiguo Bruto, que habia puesto fin á la autoridad monárquica y trasferido al pueblo el poder de los reyes.

En seguida fueron á contárselo á César.

—Brutos! repitió; bah! sin duda quieren decir brutos.

Y exoneró á los dos tribunos.

Los amigos de César no se desanimaron. Descubrieron en los libros sibilinos que solo un rey podía vencer á los partos. Así, pues, si César emprende aquella guerra es preciso que sea rey, á menos de arriesgar en ella su cabeza como Craso.

Ademas, de la dictadura vitalicia á la monarquía no hay mas que un paso.

Roma por su parte, apenas notará la diferencia. ¿No toma todo ya las formas de las monarquías de Oriente? ¿No es ya César un dios como los reyes de Asia? ¿No tiene su sacerdote, Antonio, que marcha al lado de la litera imperial, con la cabeza casi metida en la postezuela, pidiendo humildemente las órdenes de su señor?

Pero no creais que es el pueblo el que se indigna de eso. No; es la aristocracia.

Tampoco creais que César fué muerto por todos esos crímenes. Segun nosotros no y cien veces no.

¿Por qué murió entonces?
Creemos que vamos á decirlo.

Casio, el envidioso Casio, odiaba á César por haber dado á Bruto una pretura mas honorífica que la suya y porque durante la guerra civil, al pasar César por Megara, se habia apoderado de los leones que él hacia cuidar allí.

Matar ó quitar á un hombre sus leones era hacerle una injuria mortal.

Los tres únicos individuos á quienes César no perdonó nunca, siendo así que perdonaba á todo el mundo, fueron el jóven Lucio César y otros dos pompeyanos, que habian degollado sus libertos, sus esclavos y sus leones.

En Francia, en un tiempo, todo marqués queria tener pajes; en Roma, en aquella época, todo patricio queria tener leones.

“Ay! dice Juvenal, un poeta come menos, sin embargo.”

Casio fué á ver á Bruto. Necesitaba un hombre honrado á quien proponer la terrible accion que meditaba.

Oh! gran Shakspeare! cómo has comprendido tú eso, mucho mejor que todos nosotros, pobres profesores de historia romana!—Véase en el gran poeta inglés la escena entre Casio y Bruto.

Si Bruto queria esperar tranquilamente la muer-

te de César, seria su sucesor natural; quizás hubiera devuelto la libertad á Roma sin las instancias de Casio; pero Bruto no odiaba mas que la tiranía, al paso que Casio odiaba al tirano.—Ademas, un solo rasgo indicará quién era Casio.

Siendo niño aún, iba á la misma escuela que Fausto, hijo de Sila. Un dia se puso este á exaltar á su padre delante de sus compañeros, aplaudiendo el poder absoluto que habia disfrutado.

Casio, que lo oia desde su sitio, se levantó, se dirigió á él y le dió un bofetón.

El niño fué á quejarse á sus parientes, que quisieron perseguir á Casio judicialmente; pero Pompeyo intervino é hizo ir los dos niños á su casa para interrogarlos.

--Vaya, dijo Pompeyo, contadme cómo ha pasado la cosa.

—Ea, Fausto, dijo Casio, repite, si te atreves, delante de Pompeyo las palabras que te valieron un primer bofetón, para que vuelva á darte otro.

Bruto tenia un alma grande, pero una inteligencia limitada. Era de la escuela estoica y gran admirador de Catón, con cuya hija se habia casado. Habia en él una estraña necesidad de esfuerzos dolorosos y de sacrificios crueles; odiaba á Pompeyo, que habia matado á su padre de un modo bárbaro y cruel, y sin embargo lo hemos visto irse á reunir

con él en Grecia y combatir á sus órdenes en Farsalia.

De vuelta á Roma, César le habia confiado la provincia mas importante del imperio, la Galia Cisalpina.

Bruto tenia un remordimiento, y era que no podia odiar á César.

Casio habia tratado de llevar á cabo su intento sin contar con Bruto; pero no habia podido conseguirlo. Habia visitado á todos sus amigos, unos despues de otros; les habia espuesto su plan de conjuracion contra César, y todos le habian contestado:

—Cuenta conmigo si Bruto consiente en ser el gefe.

Como hemos dicho, Casio fué á ver á Bruto.

XL

Casio y Bruto estaban algo indispuestos, pues, segun hemos manifestado tambien, ambos habian solicitado el mismo cargo; como cada uno hiciese valer sus derechos:

—Casio tiene razon, habia dicho César; pero, sin embargo, nombraré á Bruto.

Casio era el que se habia alejado y Casio volvia.

Bruto le tendió la mano.

—Bruto, preguntó Casio despues de cambiar los primeros saludos, ¿no piensas ir al Senado el dia de las calendas de Marzo? He oido decir que ese dia los amigos de César tratan de ofrecerle la monarquía.

Bruto meneó la cabeza.

—No, dijo, no iré.

—Pero ¿y si nos llaman? repuso Casio.

—Entoees, contestó Bruto, iré por deber.

—Y si atacan la libertad?

—Juro morir antes que verla espirar.

Casio se encogió de hombros.

—Bah! dijo, ¿qué romano permitirá tu muerte?

Ignoras quién eres y lo que vales?

Bruto frunció las cejas.

—¿No has leído, continuó Casio, los escritos que se han hallado al pié de la estatua del antiguo Bruto?

—Sí; eran dos, ¿no es eso?

—Uno decia: “Pluguiera á los dioses que vivieras aún, Bruto;” y el otro: “¿Por qué has cesado de vivir?”

—Y yo, añadió Bruto, he hallado un billete en mi tribunal, con estas dos palabras: “Duermes, Bruto?” y ademas, otro en que se leia: “No, tú no eres verdaderamente Bruto.”

—Pues bien, replicó Casio, ¿crees que los que escriben esas cosas sean tundidores ó taberneros? No, es todo el patriciado, es toda la nobleza de Roma. Lo que se espera de los otros pretores, tus colegas, son distribuciones de dinero, espectáculos, combates de gladiadores; mas de tí se aguarda el pago de la deuda hereditaria, y esa deuda es la libertad de la patria. Se está dispuesto á arrostrarlo todo por tí si quieres mostrarte tal como se cree que debes ser.

—Está bien, contestó Bruto, pensaré en ello.

Y se separaron, yendo cada uno á ver á sus amigos.

Se recordará que Quinto Ligario habia seguido el partido de Pompeyo, y que Ciceron habia abogado por él delante de César; Ligario habia sido absuelto por el dictador, pero, sin duda á causa de esa misma clemencia, se habia convertido en su mas mortal enemigo.

Ademas, Ligario era muy amigo de Bruto. Este fué á verlo y lo encontró enfermo en cama.

Bruto acababa de separarse de Casio é iba exaltado aún á consecuencia de la conversacion que habia tenido con él.

—Ah! Ligario, le dijo, en qué momento te hallo enfermo!

Pero Ligario se incorporó, y apoyándose en un codo:

—Bruto, le contestó estrechándole la mano, si intentas alguna cosa digna de tí, no tengas cuidado..... estoy completamente bueno.

Entonces Bruto se sentó al lado de la cama, y ambos arreglaron las bases de la conspiracion, conviniendo en no decir nada de ella á Ciceron, pues este estaba ya viejo, y unia á su poca audacia natural la circunspeccion de los ancianos.

A falta de él, Ligario ofreció á Bruto el concurso

del filósofo epicúreo Statilio y aun el de Favonio, el antiguo tribuno á quien se llamaba el *mono de Caton*.

Pero Bruto meneó la cabeza.

—No, dijo: un dia hablando con ellos solté sobre el particular algunas palabras vagas: Favonio me contestó, que á sus ojos la guerra civil era mas funesta que la mas injusta de las monarquías, y Statilio agregó, que un hombre discreto y prudente no se esponia al peligro por pícaros y locos. Labeon se hallaba allí y podrá atestiguar estas respuestas.

—¿Y qué dijo Labeon? preguntó Ligario.

—Fué de mi modo de pensar y refutó las palabras de ambos.

—Entonces consentirá en ser de los nuestros.

—Así lo creo.

—¿Cuál de los dos le hablará? preguntó Ligario.

—Yo, que estoy bueno, contestó Bruto. Además, veré á Bruto Albino.

—Me parece bien, repuso Ligario; es un hombre activo y valiente, y teniendo, como tiene, gladiadores para los espectáculos, puede sernos muy útil en un caso; pero es amigo de César.....

—Dí que es su teniente.

Precisamente en aquel instante entró Bruto Albino, que iba á saber cómo estaba Ligario.

Le hablaron de la conjuración.

Albino reflexionó, permaneció callado y despues salió sin pronunciar una palabra.

Los dos amigos creyeron que habian cometido una imprudencia; pero al dia siguiente fué Albino á ver á Bruto.

—¿Eres tú el gefe de la conjuración de que me hablaste ayer en casa de Ligario? le preguntó.

—Sí, le contestó Bruto.

—Entonces entro en ella con el mayor gusto.

La conjuración hizo rápidamente grandes progresos.

Bruto, que veia á los personajes mas ilustres de Roma adherirse á su empresa,—no olvidemos que aquella conspiración fué enteramente aristocrática,—y que comprendia toda la grandeza del peligro á que se esponia, y al cual arrastraba á sus cómplices, tenia empeño en permanecer en público completamente dueño de sí mismo, no dejando traslucir nada del complot en sus palabras, en su aspecto ó en sus acciones.

Pero una vez dentro de su casa era otra cosa; el insomnio lo arrojaba del lecho, y erraba como una sombra por el vestíbulo ó por el jardín. Entonces Porcia, su mujer, que dormia á su lado, se despertaba, y hallándose sola se llenaba de inquietud: frecuentemente lo oia andar por los corredores y mas

de una vez lo vió meterse bajo la sombra de los árboles.

Porcia, como se recordará, era hija de Caton; á los quince años se habia casado con aquel Bíbulo á quien hemos visto desempeñar un papel en el Forum en la época de los trastornos escitados por César, y el cual murió mandando la escuadra de Pompeyo. Habiendo quedado viuda con un hijo, jóven todavía, se habia vuelto á casar con Bruto. El hijo de que hablamos aquí, dejó un libro titulado: *Memorias de Bruto*; libro perdido hoy, pero que existia aun en tiempo de Plutarco.

Ahora bien; Porcia adoraba á su marido y era una mujer filósofa, lo que la Biblia llama una *mujer fuerte*; no quiso, pues, preguntar nada á Bruto sobre su secreto antes de haber hecho sobre sí misma la prueba de su valor: cogió un cuchillito de cortarse las uñas, especie de cortaplumas de hoja recta, y se lo hundió en un muslo.

La herida abrió una vena, y Porcia, ademas de perder mucha sangre, experimentó dolores vivísimos acompañados de una fiebre violenta.

Bruto, que por su parte adoraba á Porcia, y que ignoraba la causa de aquella indisposicion, estaba lleno de inquietud.

Pero ella, sonriéndose, ordenó á todos que la de-

jasen con su marido, y cuando so halló sola con él le mostró la herida.

—¿Qué es eso? exclamó Bruto mas asustado aún que antes.

—Soy hija de Caton y mujer de Bruto, contestó Porcia, y he entrado en la casa de mi marido, no para acompañarle en el lecho y en la mesa como una concubina, sino para compartir con él los bienes y los males. Tú no me has dado desde nuestro matrimonio motivo alguno de queja; pero yo, qué pruebas te he dado de mi reconocimiento y de mi ternura, y cuáles podria darte si me crees incapaz de guardar un secreto?..... Sé que tienes á la mujer por un sér débil; pero, querido Bruto, la buena educacion y el trato de las personas virtuosas pueden elevar y dar firmeza al alma..... Sin embargo, como si te hubiese dicho todo esto sin darte una prueba de ello hubieras podido dudar, he hecho lo que ves. ¡Duda ahora!

—Oh! dioses! exclamó Bruto alcando las manos al cielo, todo lo que os pido es que me concedais un éxito tan completo en mi empresa que la posteridad me juzgue digno de haber sido el esposo de Porcia.

Y en seguida, haciéndole dar todos los auxilios que su estado exigia, cobró tal serenidad, que, á pesar de las *advertencias de los dioses* y los prodigios y las señales de las víctimas, nadie creyó en la realidad del complot.

XLI

—¿Qué presagios eran aquellos y qué fé se les podía dar?

Preciso es creer en ellos, pues que todos los historiadores los cuentan, y despues de los historiadores Virgilio les da la consagracion con sus mas hermosos versos.

Vamos, pues, á hojear á Suetonio y á Plutarco.

Se recordará que César habia hecho reedificar á Capua y repoblar la Campania. Algunos de los colonos enviados allí, queriendo construir casas, tropezaron con antiguas tumbas, las cuales registraron con tanta mas curiosidad quanto que á veces se habian hallado en ellas esculturas antiguas.

Sucedió, pues, que en el sitio en que se decia que habia sido enterrado Capys, el fundador de Capua,

se halló una plancha de bronce con una inscripcion griega que decia que cuando se descubriesen las cenizas de Capys seria asesinado un descendiente de Julio por sus mismos allegados y vengado por las desgracias de Italia.

“No se puede considerar el hecho como fabuloso, dice Suetonio, pues Cornelio Balbo, amigo de César, es quien lo cuenta.”

Comunicaron á César aquel suceso y á consecuencia de él le dijeron que desconfiase de Bruto: entonces fué cuando contestó:

—Bah! ¿Creeis que tenga tanta prisa que no espere el fin de este pobre cuerpo?

Le anunciaron tambien, casi al mismo tiempo, que los caballos que habia consagrado al pasar el Rubicon, y los cuales habia dejado pastando en libertad, se negaban á comer y lloraban abundantemente.

Segun refiere Strabon el filósofo, se vieron en el aire hombres de fuego que marchaban unos contra otros.

El sirviente de un soldado hizo brotar de su mano una llama vivísima. Se creyó que se habria abrasado, pero cuando se apagó la llama se vió que no habia sufrido en la mano daño alguno.

No fué eso todo.

En un sacrificio que ofreció César, no se halló corazon á la víctima, y aquel era el presagio mas ter-

rible que podía haber, puesto que ningún animal puede vivir sin ese órgano esencial.

En otro sacrificio, el augur Spurina advirtió á César, que para los ídus de Marzo estaba amenazado de un gran peligro.

La víspera de aquellos ídus, varios pájaros de diferentes especies despedazaron á un reyezuelo que había ido á posarse sobre la sala del Senado, con una rama de laurel en el pico.

La noche del día en que había tenido lugar aquel presagio, cenaba César en casa de Lépido, á donde, según costumbre, le llevaron á firmar sus cartas.

En aquel momento propusieron los convidados esta cuestión: "¿Cuál es la muerte mejor?"

—La menos esperada, dijo César firmando.

Después de la cena volvió á su palacio y se acostó al lado de Calpurnia.

De repente, y durante su primer sueño, las puertas y las ventanas se abrieron por sí mismas. Despertado por aquel ruido y por la claridad de la luna, que se esparcía por la habitación, oyó César á Calpurnia, que dormía con profundo sueño, lanzar gemidos confusos y pronunciar palabras inarticuladas.

La despertó y le preguntó qué le sucedía.

—Ah! esposo mío, le contestó ella, soñaba que te tenía en mis brazos cubierto de heridas.

A la mañana siguiente fueron á anunciarle, que

cumpliendo su orden se habían degollado cien víctimas, durante la noche, en los diferentes templos de Roma, y que ni una siquiera había dado un augurio favorable.

César permaneció un instante pensativo: después levantándose,

—Bah! dijo, nada le sucederá á César que no deba sucederle.

Al fin llegó el 15 de Marzo, día que los romanos llamaban el día de los ídus.

El Senado había sido convocado por extraordinario bajo uno de los pórticos que rodeaban el teatro. Bajo aquel pórtico, provisto de sillas para aquel caso, estaba la estatua que Roma había elevado á Pompeyo después, que este había embellecido el barrio haciendo construir el teatro y sus pórticos.

El sitio parecía escogido á la vez por la Venganza y la Fatalidad.

Llegada la hora señalada, Bruto, sin confiar su designio más que á Porcia, salió de su casa con un puñal oculto bajo la toga y se dirigió al Senado.

Los demás conjurados estaban reunidos en casa de Casio. Deliberaban sobre si debían deshacerse ó no de Antonio al mismo tiempo que de César. Al principio se había tratado de hacerle entrar en el complot, y la mayoría había sido de opinión de que se le admitiese; pero Trebonio se opuso á ello, dicién-

do, que cuando habia ido al encuentro de César, á su vuelta de España, habia viajado y alojádose siempre con Antonio, y que entonces le habia hecho una pequeña indicacion sobre un proyecto parecido al que iban á realizar, sin que Antonio hubiese pronunciado una palabra, á pesar de haberlo comprendido perfectamente.

Es verdad que tampoco habia dicho nada á César.

A causa de aquella revelacion se habia renunciado á admitir á Antonio en el complot; pero una vez llegado el momento decisivo, ya no era cuestion de eso solo; muchos creian que seria prudente matarlo al mismo tiempo que á César.

Bruto llegó en aquel momento y le pidieron su parecer. Bruto se opuso á aquella nueva muerte, diciendo que la consideraba inútil, y que una empresa tan atrevida, cuyo objeto era el mantenimiento de la justicia y de las leyes, debia estar pura de toda injusticia.

Sin embargo, como algunos temian el vigor extraordinario de Antonio, convinieron en que se colocarian á su lado dos ó tres de los conjurados á fin de retenerlo fuera del Senado mientras tenia lugar dentro la muerte del dictador.

Resuelto aquel punto, salieron de casa de Casio. —La reunion tenia por objeto aparente acompañar al hijo de aquel, que iba á tomar la toga viril. Los

conjurados acompañaron en efecto al jóven hasta el Forum; pero una vez llegados allí se metieron bajo el pórtico de Pompeyo á esperar á César.

Cualquiera que hubiese tenido conocimiento del complot, hubiera podido admirar entonces la impasibilidad de los conjurados á la aproximacion del peligro. Varios eran pretores, y en aquella cualidad administraban justicia: cual si hubieran tenido su espíritu enteramente libre, oian los relatos de las cuestiones que se les sometian y daban sus fallos tan justos y tan perfectamente motivados, como si no fuera á ocurrir nada extraordinario.

Uno de los acusados, condenado por Bruto á pagar una multa, apeló de ella á César.

Entonces Bruto, con su calma ordinaria, paseó los ojos por la concurrencia diciendo:

—César no me ha impedido, ni me impedirá jamas, juzgar segun las leyes.

Sin embargo, la situacion era no solo grave, sino que cada momento que trascurria sin que apareciera César, la hacia mas y mas sombría.

¿Por qué no llegaba César? ¿Qué le retenia? ¿Habia hecho caso de los presagios? ¿Habia dado oidos á aquel adivino, á aquel Spurina que le habia dicho que temiese los ídus de Marzo?

Luego,—circunstancia que redoblaba la inquietud de los conjurados,—Popilio Loenas, uno de los sena-

dores, despues de haber saludado á Bruto y Casio mas afectuosamente que de costumbre, les habia dicho en voz baja:

—Ruego á los dioses que concedan feliz éxito al designio que meditais; pero os aconsejo que apresureis su ejecucion, pues la cosa no es ya un secreto.

Pronunciadas aquellas palabras se separó de ellos, dejándolos llenos de temor de que se hubiese descubierto el complot.

Para colmo de angustia llegó en aquel momento á toda carrera uno de los esclavos de Bruto á anunciarle que su mujer se estaba muriendo.

Porcia, en efecto, vivamente inquieta acerca del resultado del suceso, no hallaba descanso en parte alguna; salia de su casa, volvia á entrar en ella, inquiria de los vecinos si no habian oido decir nada nuevo, detenia á los transeuntes para preguntarles lo que hacia Bruto y enviaba al Forum mensajero tras mensajero á fin de adquirir noticias.

En fin, como le dijesen que sin duda habia sospechado César algo, pues no habia salido todavía á pesar de ser ya las once de la mañana, tuvo un síncope, cambió de color y perdió el conocimiento. Viéndola sus doncellas en aquel estado, lanzaron gritos de angustia y pidieron socorro.

A aquellos gritos acudieron los vecinos y como Porcia estaba pálida, inmóvil y fria, al momento se

esparció por toda la ciudad el rumor de que habia muerto.

Sin embargo, recobró en breve el sentido, gracias á los cuidados que le prodigaron sus sirvientas, y mandó que se desmintiese al punto aquel rumor.

Pero, como hemos visto, ya habia llegado al Forum, y hasta al mismo Bruto.

Este no habia pestañado siquiera; el estóico habia hallado una oportunidad de poner en práctica sus principios, de que la desgracia personal debe ser considerada como nada ante el interes público.

Permaneció, pues, en el Senado, impassible, esperando á César.

En medio de esos acontecimientos llegó Antonio, que iba á decir de parte de César que este no saldría ya de su palacio, y que suplicaba al Senado que aplazase la sesion para otro dia.